

La Granolaria

PERIÓDICO SEMANAL

La redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insértense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Administrador-Propietario

J. JOSEPH VILARDEBÓ

Redacción y Administración

Calle de San Roque, 12.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre pago adelantado 1'00 Pta.

Número suelto 0'10 »

Número extraordinario. . . 0'20 »

Número atrasado. 0'20 »

Rdo. Sr.

Señores:

En la velada literario-musical que el Centro Católico de Granollers dedica anualmente á su protector y Patrono el glorioso Patriarca San José, es costumbre la lectura de un discurso en la segunda parte de la velada; discurso que directa ó indirectamente esté relacionado con el principal fin que persigue, cual es, la propaganda del Catolicismo. Este año, separándome en cuanto á la forma pero no en su verdadero objetivo, de la costumbre establecida, me permitiré, en vez de leerlos un discurso, referiros los tres proverbios propuestos al rey Dario, ya que el extremo segundo del tercer proverbio está también relacionado con la misión de nuestro Centro Católico. Empecemos, pues, dicha relación:

Cierto día dió el rey Dario un gran convite á todos sus familiares, á todos los magistrados medos y persas, y á todos los dignatarios, gobernadores, consejeros y prefectos que dependían de su imperio, desde la India hasta la Etiopia, que comprendió ciento veinte provincias. Después de haber comido y bebido, y que se hubieron marchado todos, se fué el rey á su cámara, se metió en cama y durmió. Durante su sueño tres jóvenes de su guardia se dijeron entre sí: Proponga cada uno de nosotros un proverbio, á ver quien lo resuelve mejor al gusto del rey, y á éste le hará el rey grandes regalos; será vestido de bella púrpura, tendrá una copa de oro, una tiara de lino fino, y llevará un precioso collar; tendrá el segundo lugar despues de Dario, por su sabiduría, y el rey le llamará primo suyo. Entonces cada uno de ellos escribió un proverbio, y lo firmó, y en seguida pusieron los tres papeles debajo de la almohada del rey, y se dijeron: Cuando se levante el rey le daremos nuestros escritos, y aquel, cualquiera que sea de los tres, á quien el rey y los magistrados de la Persia juzguen haber

sido el mas sábio en su proverbio, saldrá victorioso según queda convenido.

El primero había escrito: El vino es fuerte.

El otro: El rey es más fuerte.

El tercero: Las más fuertes son las mujeres; pero la verdad domina y es más fuerte que todas las cosas.

Habiéndose levantado el rey, los tres jóvenes se le presentaron y entregaron sus escritos. Los leyó, y convocó en seguida á sus magistrados y ministros, sus pretores y prefectos, y los reunió á todos en gran consejo. Juntado éste, y sentados ya todos los asistentes, se leyeron los tres escritos, y en seguida dijo el rey: Llamad á esos jovenes para que vengan aquí á sostener sus tesis. Fueron introducidos, y empezó el que había proclamado la fuerza del vino. Ponderó el poder de este licor que abate á los grandes, llena de gozo á los abatidos, hace desatinar á los sabios, hace olvidar los vínculos más queridos, y pone el puñal en la mano entre unos mismos hermanos. Después de haber hablado así, calló, y tomó la palabra el segundo empezando por celebrar el poder de un rey: representó á los hombres mandando á toda la naturaleza, y colocado sobre todos ellos al rey que los domina y dispone de ellos. Con una palabra los lanza en los peligros de la guerra: todo lo trastorna, matan y se hacen matar, y el fruto de la victoria es siempre para el rey. Al mismo tiempo otros trabajan y recogen los frutos, y aun esto es también para llevar al rey el tributo de sus sudores. Solo y sin rivales, el rey no tiene más que decir: matad, y matan; perdonad, y perdonan; herid, y hieren; exterminad, y exterminan; edificad, y edifican; derribad, y derriban; plantad, y plantan. Y todo el pueblo, hasta los magnates, lo oyen. Después se sienta para comer, y bebe y duerme; pero aquellos dan guardia á su alrededor, y no pueden dejarlo para ir á sus negocios: tan ligados están por la voluntad del rey. ¿Cómo, pues, no reconocer en el rey lo que hay de más fuerte en la